

Augusto Monterroso Pájaros de Hispanoamérica

Alfaguara, Madrid, 2002

Socorro Venegas ✓

Escasas como han sido las incursiones de los escritores latinoamericanos en el género autobiográfico, resulta notable la aparición reciente de *Pájaros de Hispanoamérica*, de Augusto Monterroso, un conjunto de relatos que dan testimonio de las amistades y afinidades del autor con personajes como Julio Cortázar, Ernesto Cardenal, Luis Cardoza y Aragón, Alfredo Bryce Echenique, entre muchos otros escritores hispanoamericanos, a excepción de Abel Quezada, incluido también.

Advierte Monterroso en el prólogo que los textos reunidos en *Pájaros* "no son retratos; ni siquiera bocetos o apuntes, sino tan sólo el trazo de ciertas huellas que algunos pájaros que me interesan han dejado en la tierra, en la arena y en el aire, y que yo he recogido y he tratado de preservar". Fiel a esta idea, Monterroso atrapa con su pluma los dibujos de las plumas de singularísimas aves; no se aboca a las jornadas enteras de ninguna, sólo consigue instantáneas realmente memorables y que forman parte de la bitácora de vuelo del propio narrador guatemalteco.

Como apunta en su prólogo, se trata de rescatar ciertos trazos de personajes, seguramente los más atractivos para el autor, y que consigna en el índice, donde describe el oficio de cada personaje tratado. Por ejemplo Ernesto Cardenal, poeta; Manuel Scorza, novelista; pero también Juan Rulfo, fantasmólogo; Carlos Illescas, palindromista; Jorge Luis Borges, cabalista; José Durand, manatíólogo; César Vallejo, moridor.

Muchos de estos textos ya habían sido publicados en otros medios. La

reunión ahora de estos pájaros en un libro es una polifonía feliz. Las anécdotas y memorias que aquí se presentan nos acercan, a través del discurso anecdótico, a los protagonistas de la literatura hispanoamericana, pero sobre todo a las simpatías y afectos de Tito Monterroso. Es entrañable el texto que dedica a la memoria de Julio Cortázar (en el índice señalado como mago). Resultan un homenaje las páginas dedicadas a Ernesto Cardenal, a Rubén Bonifaz Nuño, donde Monterroso entrega al lector una clave: "En mi libro *Lo demás es silencio* figura un personaje que mientras habla lo hace con una espada en la mano, dando saltos hacia atrás y pasos hacia adelante y colocando la punta de esa espada entre los ojos de su interlocutor, en posición de estocada de Nevers. Esa imagen es un homenaje a Bonifaz Nuño".

Como es natural, en los recuerdos que Monterroso privilegia en *Pájaros de Hispanoamérica* hay tanto de él mismo como de los pájaros a los que alude. El apartado dedicado a Borges comienza con la confesión de que al descubrirlo le chocó. Cuenta más adelante la evolución de ese primer encuentro, que desemboca en una gran admiración: "Debemos a Borges el habernos devuelto, a través de sus viajes por el inglés y el alemán, la fe en las posibilidades del ineludible español". Y en una lista se consignan, a decir de Monterroso, las posibles consecuencias para los lectores del encuentro con Borges, maléficas y benéficas; por citar un par: "Pasar a su lado sin darse cuenta (maléfica)". Y: "Descubrir que uno es tonto y que hasta ese momento no se le había ocurrido una idea que más o menos valiera la pena (benéfica)".

El volumen lo cierra la mirada del autor de *Pájaros de Hispanoamérica*

sobre sí mismo: Augusto Monterroso, ornitólogo. Dedicar, con tono entre humorístico, resignado e indignado, esas líneas al asunto de su "exigua estatura". Al respecto, es bueno traer a cuento lo escrito por el peruano Alfredo Bryce Echenique en su espléndido libro *Vivir para contarla (antimemorias)*, donde el mismo Monterroso se convierte en materia memorable. Cuenta Bryce Echenique:

"El escritor guatemalteco Augusto Monterroso es tan chiquito pero tan chiquito, que de él dicen sus amigos, en México, que no le cabe la menor duda. La frase, creo, es del extraordinario escritor e historiador peruano José Durand, hoy en día profesor de la Universidad de Berkeley pero que hace muchos años residió en México y entabló amistad con el tamaño pequeño y la estatura gigante de Augusto Tito Monterroso, pues en México vive exiliado desde hace muchos años el escritor más chiquito que mis ojos hayan podido ver". Refiriéndose al tamañazo de su amigo José Durand, e interrogado a menudo sobre estos asuntos de estatura y peso, responde Monterroso:

—Pues a Durand me lo paso por alto. ☺

Peter Burke

Visto y no visto. El uso de la imagen como documento histórico

Teófilo de Lozoya (trad.) Crítica (Letras de humanidad), Barcelona, 2001, 287 págs.

Isaac García Venegas ✓

Parafraseando al historiador Eric Hobsbawm, tal vez se podría afirmar que el siglo XX fue, además de masivo, el siglo de las imágenes. Con la fotografía, el cine y la televisión, éstas adquirieron una preponderancia quizá inimaginable anteriormente. Por esta razón, en la década de los ochenta del siglo pasado los historiadores